Ante el dolor de los demás 23/11/2012

Liuba Kogan

Jefa del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad del Pacífico

Los bombardeos no se detienen hacia y desde la Franja de Gaza, las bajas en Siria no cesan, los muertos en Afganistán son recurrentes. Los muertos y heridos en diversas zonas del orbe se acumulan permanentemente. El estado de guerra resulta endémico en el mundo contemporáneo.

Curiosamente, la cámara fotográfica, inventada en 1839, acompaña desde que pudo trasladarse, la experiencia moderna de la guerra y la violencia, retratando la muerte y el dolor. En la actualidad, la fotografía digital, la proliferación de medios masivos de comunicación y las redes sociales saturan nuestras retinas con fotografías de calamidades, entre las más dramáticas, las de jóvenes y niños masacrados.

En un texto titulado “Ante el dolor de los demás”, la fallecida ensayista y literata norteamericana Susan Sontag – revisa el uso de la fotografía como recurso para confrontarnos con la realidad bélica y el universo del dolor.

La principal idea que rescato de su escrito -en palabras de la propia Sontag- es que “La función ilustrativa de las fotografías deja intactas las opiniones, los prejuicios, las fantasías y la desinformación”. De otro modo, las imágenes fotográficas si bien nos convierten en espectadores de calamidades, de ello no se deriva que podamos comprender la naturaleza de los hechos que se retratan. Sontag añade “Las fotografías pavorosas no pierden inevitablemente su poder para conmocionar. Pero no son de mucha ayuda si la tarea es la comprensión. Las narraciones pueden hacernos comprender. Las fotografías hacen algo más: nos obsesionan”. Esto es, las imágenes no nos permiten entender los complejos conflictos que dan pie a las guerras. Incluso para la mayoría de lectores medianamente cultos, advertir los horizontes políticos sociales y económicos detrás de las guerras, resulta tremendamente complejo.

Las fotografías generan respuestas emocionales, y ni siquiera del mismo signo. Algunos pueden reaccionar con apatía, otros con compasión, solidaridad o agresividad. Todo depende de quién sea ese otro retratado. Tendemos a experimentar compasión y simpatía cuando sentimos que no somos cómplices de las causas del sufrimiento de los otros fotografiados. En otras palabras, nuestra simpatía proclama nuestra inocencia. Pero cuando las víctimas “son nuestras”, la respuesta emocional, se transforma. Aparece una distancia que buscaría protegernos de nuestras pulsiones más oscuras, explicaciones ideológicas justificadoras de lo acontecido, estereotipos altamente convenientes y así sucesivamente. Sin ir muy lejos, las fotografías de la muestra "Yuyanapaq: Para recordar", sobre los veinte años de violencia armada interna en nuestro país lo ilustra.

La conciencia del sufrimiento con que nos saturan los medios de comunicación a través de las imágenes de los conflictos contemporáneos debería llevarnos a mirar con mayor compromiso, la realidad; esto es, no descuidar la comprensión histórica, socioeconómica y política. Lamentablemente, creemos que las imágenes hablan por sí solas, que son documentos objetivos y que una imagen vale más que mil palabras. En este caso, necesitamos más de mil palabras para descifrar las fotos de los complejos conflictos del siglo XXI.